



NADIA, GATOS Y GARABATOS



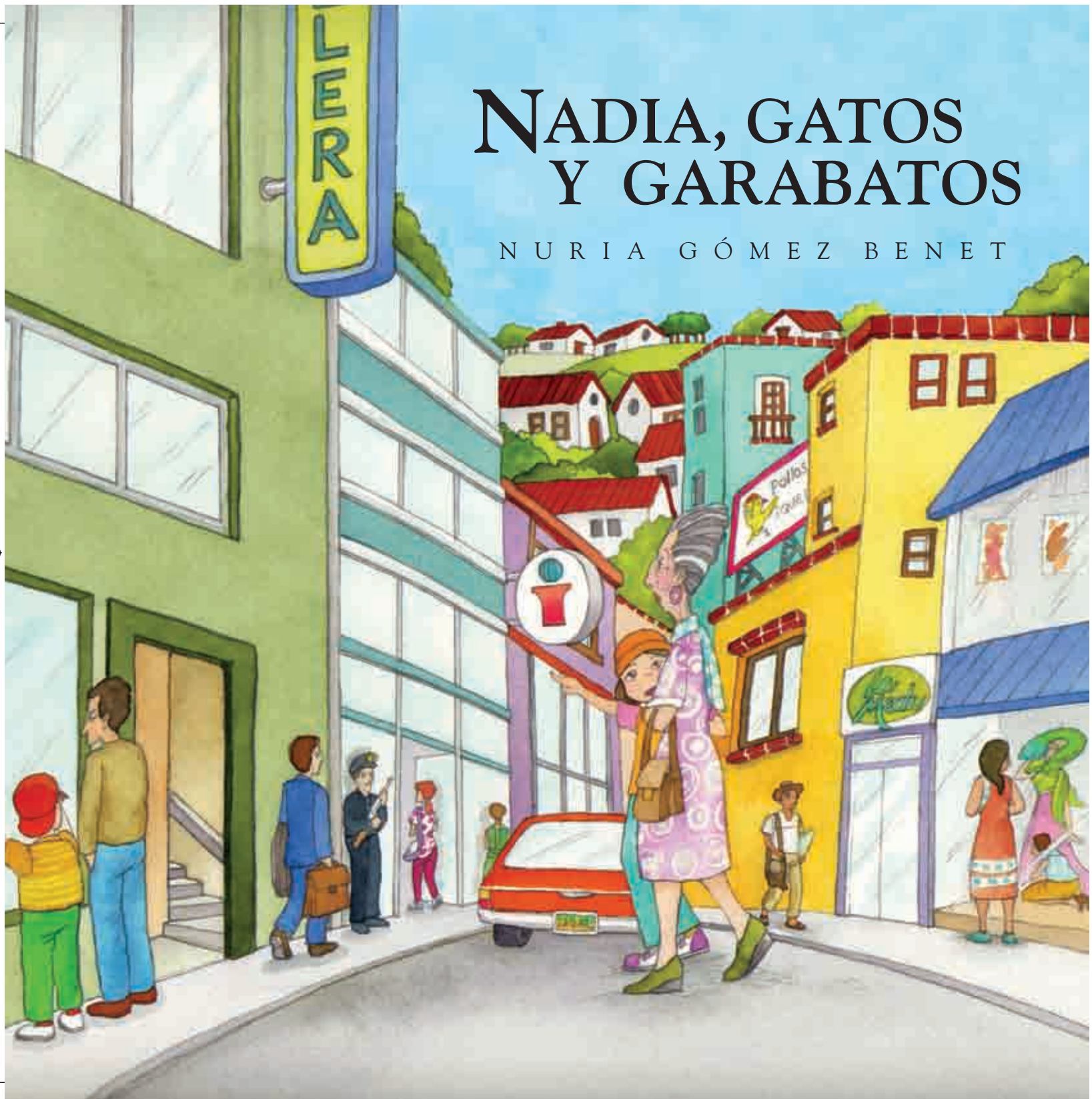




“La promoción y protección de todos los derechos humanos y libertades fundamentales es importante a fin de lograr una sociedad para todas las edades. Por ello, la relación mutua entre las generaciones debe cultivarse, acentuarse y alentarse mediante un diálogo amplio y eficaz”.

*Plan de Acción Internacional de Madrid
sobre el Envejecimiento, 2002*





NADIA, GATOS Y GARABATOS

NURIA GÓMEZ BENET



De aguaceros, fotos y gatos

A mi mamá le chocan los gatos. Yo siempre había querido tener uno, pero ella ni siquiera quería oír hablar del tema.

“No, Nadia, no vamos a tener un gato en esta casa”, me decía, por más que yo le rogara:

–¡Ándale, mamá! Te prometo que lo cuido mucho, limpio su arena y le doy de comer. Te lo prometo.

–No, m’hija.

–¿Por qué, mamá? ¡No seas así!

–En primer lugar, porque a mí los gatos no me gustan. Y en segundo lugar porque ya tienes a Conejo. Con una mascota es suficiente.

Conejo no es un conejo, como todos creen: es mi perro. Le puse ese nombre porque tiene las orejas larguísimas. Es a todo dar. Le gusta venir corriendo detrás de mi bici; me recibe pegando de brincos cuando llego de la escuela, se acurruca junto a mí a ver la tele... Pero todo eso no quita que yo quiera tener también un gato.





No sé por qué a mi mamá los gatos no le gustan. Cuando ella era niña en su casa siempre tenían gato. A mi tía Balbina le encantaban. Yo he visto muchas fotos de cuando eran chicas y Balbi –como le decían de chiquita –sale en todas con un gato. Tuvieron a la Mirringa, una gatita que les duró como 1,000 años; el Migajón, uno gordo y blanco; la Princesa, la Pelusa, el Trece, un gato negro que, aunque era negro, nunca les trajo mala suerte... El caso es que, foto en la que sale mi tía Balbina, foto en la que siempre hay un gato.

Y es que cuando llueve y no puedo salir, le pido a mi mamá que me deje ver sus fotos. Entonces me paso la tarde viendo cómo era ella de niña y cómo era su vida. ¡Es súper entretenido!

Mi mamá es la más chiquita de su familia. Casi todos sus hermanos son hombres, menos la mayor, mi tía Balbina. Ella tenía ya como 18 años cuando nació mi mamá. Siempre se ve en las fotos a una muchacha vestida a la moda de esos tiempos, cargando a una bebida chapeada, que es mi mamá. Eso sí: con su gato en todas.

Cuando mi mamá todavía era bebé mi tía Balbina ya se pintaba y usaba tacones. Cuando mi mamá era una niña decía que de grande quería ser como ella. Siempre la admiró mucho, porque era inteligente y muy pero muy guapa.

–¿Esa es mi tía Balbina? –le pregunté a mi mamá la primera vez que vi una foto de aquella época. Me costaba trabajo creer que esa muchacha tan bonita y sonriente fuera mi tía, que casi nunca se ríe.





La foto en la que sale más linda mi tía es la de su título de secretaria, que está en su casa. Mi mamá me había dejado con ella porque debía hacer algo en la tarde. Yo tenía mucha tarea de matemáticas. Necesitaba un lápiz y se lo pedí a la tía Balbina.

–Búscalo en el segundo cajón de la derecha Nadia, ahí, en el escritorio –me dijo mi tía, con su gata Cleo acurrucada en las piernas. Yo me fui derecho al cajón:





–No hay ningún lápiz aquí, tía.

–Por ahí deben estar, mujercita –me dijo acariciando a la gata–.
Son unos azules, sin goma y con un casquillo de metal.

Como en el segundo cajón no vi nada que me sirviera, seguí buscando en los demás. En uno de ellos, por ahí hasta abajo, me encontré el título de secretaria de mi tía. ¡Guau! ¡Era guapísima! (con un peinado muy raro, como si el pelo se le hubiera convertido en una mandarina sin cáscara, así como con gajos. Pero eso sí, guapísima). Tenía los ojos grandes y brillantes y una sonrisa deslumbrante, como las de las modelos de los anuncios.

Me quedé pasmada. ¡La tía Balbina se veía tan bien! ¡Qué diferente era! Su nombre aparecía a un lado: Balbina Astudillo Almada.

En el mismo cajón donde estaba el título encontré un lápiz. Cuando regresé a la sala con mi tía se me olvidó decirle lo guapa que estaba en la foto de su título.





La vi acariciando a Cleo, que ronroneaba como un motorcito, y volví a pensar que yo quería tener un gato.

Los maravillosos garabatos

Yo no sé por qué mi tía Balbina perdió su sonrisa. Tampoco sé cuándo fue que la perdió. Mi mamá dice que lo que pasa es que está muy sola. Me contó que antes era muy alegre y tenía cantidad de amigos. Era la más popular en la escuela donde estudió para secretaria. Después le iba muy bien en su trabajo.

Allí conoció a mi tío Ramón, un señor flaco y con bigote al que también le gustaban mucho los gatos (la verdad, él mismo tenía cara de gato, y a lo mejor por eso mi tía se enamoró de él). Al poco tiempo de conocerse se hicieron novios y se casaron. Tenían cuatro gatos en su casa: Maraña, Morusa, Bigotes y Breña. También tuvieron tres hijos: Marisa, Julieta y Ramón, mis primos, que ahora ya son grandes y viven lejos de Kipatla, algunos con sus propios gatos.





Mi tía dejó de trabajar al casarse y se dedicó a sus hijos. Cuando mis primos se hicieron grandes, se dedicó a atender a mi tío Ramón: a hacerle la comida, lavarle su ropa, acompañarlo... Pero hace pocos años él se murió y desde entonces, según mi mamá, se ha vuelto más seria.

Aunque nosotras vamos a su casa y ella viene seguido a la nuestra, creo que a veces está muy sola. Hay días en los que su única compañía es Cleo. Digo, está bien tener una gata, ¡pero platicar sólo con ella en todo el día...!

Mi mamá dice que además la tía Balbina pasa muchos apuros con el dinero. Todos los meses cobra la pensión de mi tío, pero casi no le alcanza. Creo que por eso ahora nada más tiene un gato. ¡Si no...!

Un buen lunes a mi tía se le ocurrió la idea de volver a buscar trabajo de secretaria. Llegó a comer a mi casa sonriente, como hacía mucho no la veíamos.

–¿Qué les parecería si volviera a trabajar? –nos dijo con cara de emoción.

Mi mamá la animó enseguida.

–¡Caray Balbi, qué buena idea! En todos tus trabajos siempre fuiste muy buena y así podrías tener un sueldo para completar tu gasto...

–Es lo que he pensado. ¿Tú cómo la ves, Nadia? –me preguntó–. ¿Crees que podría ser una buena secretaria?





–¡Claro! –le contesté. Estaba segura que había sido muy buena secretaria: tiene la mejor ortografía del mundo. ¡No se le escapa una hache ni un acento y mucho menos una *b* cuando debe ser *v*! Sabe escribir palabras difícilísimas como *verbigracia*, *cóccix* o *saprozoico*.¹ Además, yo había visto que mi tía tenía unas libretas escritas con letras rarísimas, como de otro idioma. Las había encontrado un día en su escritorio. Eran puros garabatos. A mí se me había hecho muy raro que guardara hojas y hojas llenas de simbolitos y rayas.

–Es taquigrafía –me explicó–. Un invento que ya casi no se usa; con él se puede escribir a la misma velocidad a la que una persona habla.

Entonces tomó una hoja de papel y un lápiz y me dijo:

–A ver, por ejemplo, cuéntame qué hiciste hoy en la escuela.

Yo empecé:

–Bueno, primero tuve clase de deportes y jugué básquet. Estuvo muy divertido y además, ganamos, Cristina anotó ocho puntos y yo seis.



¹ *verbigracia*, por ejemplo; *cóccix*, hueso de los vertebrados que carecen de cola, formado por la unión de sus últimas vértebras; *saprozoico*, animales que se alimentan de materias orgánicas en descomposición.





Al mismo tiempo que yo le iba contando, mi tía iba escribiendo garabatos. Lo hacía tan rápido que pensé que estaba trazando puros dibujitos al aventón. Pero cuando terminé de contarle lo que había hecho hasta el recreo, ella empezó a leer: “Bueno, primero tuve clase de deportes y jugué básquet. Estuvo muy divertido y además, ganamos, Cristina anotó...”

¡Guau! Me quedé impresionada. Estaba todo idéntico a como yo se lo había contado: palabra por palabra, y eso que le platicué rápido a propósito.

Dice mi tía que la palabra taquigrafía viene de “*taxos*”, que quiere decir rapidez; y “*grafos*” que significa escritura. Ella sabe todo sobre taquigrafía. Por eso, cuando dijo que quería volver a buscar trabajo yo no me imaginé que le fuera a resultar tan difícil encontrarlo. Para mí saber taquigrafía era como tener un súper poder, especial para secretarías.

Se solicita secretaria competente

Después de haber revisado el periódico y llamar por teléfono, mi tía Balbina consiguió algunas entrevistas de trabajo para esa misma semana.

Una tarde la vi pasar tan arregladita que me recordó sus fotos de joven. Entonces le pregunté si podía acompañarla a su entrevista y me dijo que sí.





–Vamos a ir al Banco y a la Aseguradora –me dijo ilusionada–. Seguramente en alguno de los dos lugares me darán trabajo.

Cuando llegamos al Banco Internacional mi tía preguntó por la persona que la había citado. Enseguida nos llevaron a su oficina.

–Buenas tardes, ¿el licenciado Gálvez? –dijo mi tía con su mejor sonrisa.

Un señor muy serio la volteó a ver, distraído:

–Sí, ¿qué se le ofrece?





–Vengo por lo del trabajo. Hablé con usted en la mañana, soy Balbina Astudillo Almada, para servirle.

El señor se le quedó mirando, con sorpresa.

–¿Es usted?

–Sí licenciado. Yo misma.

–N... no. Es que por la voz me imaginé que era una persona, eee... Pero en fin, siéntese, por favor. Siéntate nenita –y nos señaló las sillas que tenía enfrente.

A mí nunca me ha gustado que me digan “nenita” y menos ahora, que ya casi cumpla los 12 años; mucho menos me gustó lo que le dijo a mi tía el licenciado Gálvez.

–Bueno, en realidad buscábamos para el puesto un perfil... no sé, más actual, pero... ¿Trajo su currículum, sus fotos, alguna carta de recomendación?

–Sí, aquí está todo –mi tía le entregó un fólder con todos los papeles en orden. Él los leyó de uno en uno.

–Oiga, señorita Astudillo...

–Señora, licenciado –lo corrigió mi tía–: soy viuda.

–Mmm... Estos papeles son del año 76... ¿Usted sabe manejar los sistemas y los programas de computadora?

–Bueno, no muy bien, pero puedo aprender. Además, tengo excelente ortografía, domino también la taquigrafía, sé redactar cartas y también hacer trabajo de recepcionista.





El licenciado Gálvez la miró seriamente y le dijo:

–Lo siento, pero creo que lo que aquí necesitamos no es una persona con esas características –y señaló con su dedo varias veces la foto del título de mi tía. En ese instante le dejó marcada, en medio de la sonrisa, su huella digital.

–Este no es perfil que busco –dijo levantándose–. Necesito una persona actualizada, le agradezco que haya venido...

–Oiga licenciado, pero mi tía era la mejor secretaria de su tiempo. Varias empresas querían que se fuera a trabajar con ellas. ¡Y si viera qué rápido hace la taquiescritura! –le dije yo, que todavía me hacía bolas con la palabrita.

–Sí, sí, nenita –me contestó con una palmada en el cachete (¡nooo! ¿por qué la gente tiene que hacer eso?) y le dijo a mi tía–: ¡qué simpática su sobrinita! Hasta luego...

Ella me dio un empujón y entendí que ya no había nada que hacer en ese lugar. Ni modo.



La taquigra-tía

Después del Banco Internacional acompañé a mi tía a la Aseguradora. Luego, pasamos a la oficina de Telecelulares y a un videoclub, donde un cartel decía que necesitaban secretaria. En todos lados fue la misma historia. Nos dijeron que querían contratar gente que supiera computación. La pobre tía Balbina estaba muy desilusionada.

Ya cansadas, nos sentamos en el parque. Ella dejó su bolsa a un lado y se aflojó los zapatos, que le apretaban.

–¡Ay, Nadia, Nadia! ¡Yo no creí que esto fuera tan difícil! ¡Ya llevo 13 entrevistas y nadie me ha dado una esperanza!

–No te desanimes –le dije, aflojándome también los zapatos–, seguro que encontramos algo.

–Pero es que tienen razón: yo no sé de computadoras y ya ves que ahora es lo que se usa más. La taquigrafía no es tan importante, ahora cuenta más saber eso de Word, Power Point y esas cosas de Internet.

Entonces recordé que en la Casa de la Cultura iban a dar cursos de computación. Vero me lo había contado.





–¡Oye tía, pero todo eso lo puedes aprender! Es cosa de que tomes un curso... ¡Vamos a la Casa de Cultura!

Caminamos hacia allá y mi tía venía con una media sonrisita.

–¿De qué te ríes, eh?

–¡Je!, de que ahora voy a volver a estudiar. ¡Nunca pensé que a esta edad me tendría que inscribir en algún curso!

Beto nos dijo que sí había lugar y mi tía se apuntó en la clase de computación. Le pedimos a mi mamá que le prestara la computadora de la casa para practicar. Total, en las mañanas ella se va a trabajar, yo a la escuela y la computadora se queda apagada hasta que regresamos.





La tía Balbina empezó a ir a sus cursos todas las mañanas, de 9 a 11. Luego, se iba a mi casa a practicar. Cuando yo regresaba de la escuela, muchas veces le ayudaba con alguna duda. ¡Si vieran lo rápido que aprendió!

Muy pronto estuvo lista para volver a pedir trabajo, ahora sí, con todos los conocimientos necesarios. ¡Hasta le ayudé a que abriera su buzón de correo electrónico! Que conste que a ella se le ocurrió el nombre: taquigra_tía@yumail.com.

Otra huella en la cara

¡Hubieran visto la presentación de currículum que se hizo mi tía en Power Point! Tenía fotos, música, efectos y todo. La verdad es que Vero le ayudó. ¡Les quedó padrísima! La mandó por *mail* a varios lugares y empezó otra vez a pedir entrevistas.



De nuevo anduvo toda la semana arregladita, para ir a diferentes lugares. Una tarde, volvimos al Banco Internacional. No habían conseguido secretaria. El anuncio del periódico indicaba que había que presentarse con el mismo señor.

–Sí, ¿qué se le ofrece? –dijo el licenciado Gálvez, sin levantar la mirada del escritorio.

–Vengo por lo del trabajo –contestó mi tía, con su fólder en la mano.

El licenciado la miró.

–¿No había usted venido antes?

–Sí licenciado, me alegra que me recuerde.

–Claro, pero si la memoria no me falla le aclaré que no era la persona idónea para el puesto.

–¡Ah, pero ahora ya sabe computación! –dije yo.

¡Otra vez las palmaditas en el cachete! ¡Ay, ay, ay!

–¡Ah, qué su sobrina!, señorita...

–Señora Astudillo, ¿recuerda que soy viuda?

–Sí, sí, claro. Lo siento, pero sigue usted sin llenar el perfil...

–Pero ahora tengo conocimientos de computación: Word, Power Point, Excell, Internet Explorer, ilo que sea!

Abrió el fólder para enseñarle su diploma del curso de computación, con su foto y la firma de Vero.





–Bueno... ee... es que no era sólo eso. Necesitamos a alguien con una apariencia más juvenil, usted sabe, hay que dar una imagen actual...

–Pues en su anuncio no dice nada de eso, licenciado –mi tía le enseñó el recorte del periódico–. Dice: “Se solicita secretaria competente, sin problemas de horario, excelente ortografía, dominio del inglés y conocimientos de computación”. De la edad no dice nada.

–Ah, ya veo –contestó el licenciado–. Debe haber sido un error de quien puso el anuncio. Claramente les dije que era un requisito indispensable.

Mi tía se le quedó mirando como si no entendiera. Él le dijo:

–Siento mucho que se haya usted dedicado a estudiar todo eso, pero aquí no la podemos contratar.

Y el licenciado Gálvez otra vez puso su dedo sobre la foto de mi tía. ¡Volvió a dejar su huellota! Ella cerró su fólder y nos fuimos muy desanimadas. Lo peor es que de nuevo no tuvimos suerte en ningún lado.

A mi tía le quedó la cara, también afuera de la foto, como triste. No sé, como si le hubieran





dejado una marca en la mirada... Una marca que no estaba fácil de borrar.

La misma gata revolcada

A los pocos días mi mamá y yo fuimos a comer a casa de la tía Balbina. Después de que recogimos la mesa, yo me puse a hacer la tarea, mi mamá y ella platicaban tomando café. Cleo estaba echadita en su sillón preferido, muy a gusto, panza arriba. Entre un renglón y otro, yo le hacía cosquillas en la barriga. Me pareció que estaba más gorda de lo normal, pero seguí haciendo mi tarea.

Mi tía le comentaba a mi mamá de la mala suerte que había tenido buscando trabajo.

–Lo que pasa, Celia, es que me están discriminando –dijo. Yo paré la oreja.

–¿Cómo que discriminando, tía? –le pregunté, haciéndome la que no sabía.

–Sí, Nadia. Cuando alguien te discrimina es cuando te hace menos por tu edad, por tu apariencia o por alguna otra razón que en realidad no es importante.

Yo me acordaba perfectamente de la vez que mi tía Balbina hizo menos a Cristina, mi amiga, un día en la tienda, cuando recién había llegado a Kipatla. Mi mamá también se acordaba, porque se me quedó





viendo intrigada. Y es que mi tía había discriminado a Cristina, justo como a ella la estaban discriminando ahora. Yo pensé que, como dicen: “era la misma gata, pero revolcada”. Justo entonces Cleo se dio la vuelta en el sillón y se acurrucó panza abajo.

–También te pueden discriminar por ser de otra cultura, ¿no? –le dije a mi tía.

–Sí, eso mismo.

–De una cultura indígena, ¿no? Como Cristina, mi amiga, la que llegó a vivir a Kipatla, ¿no tía?

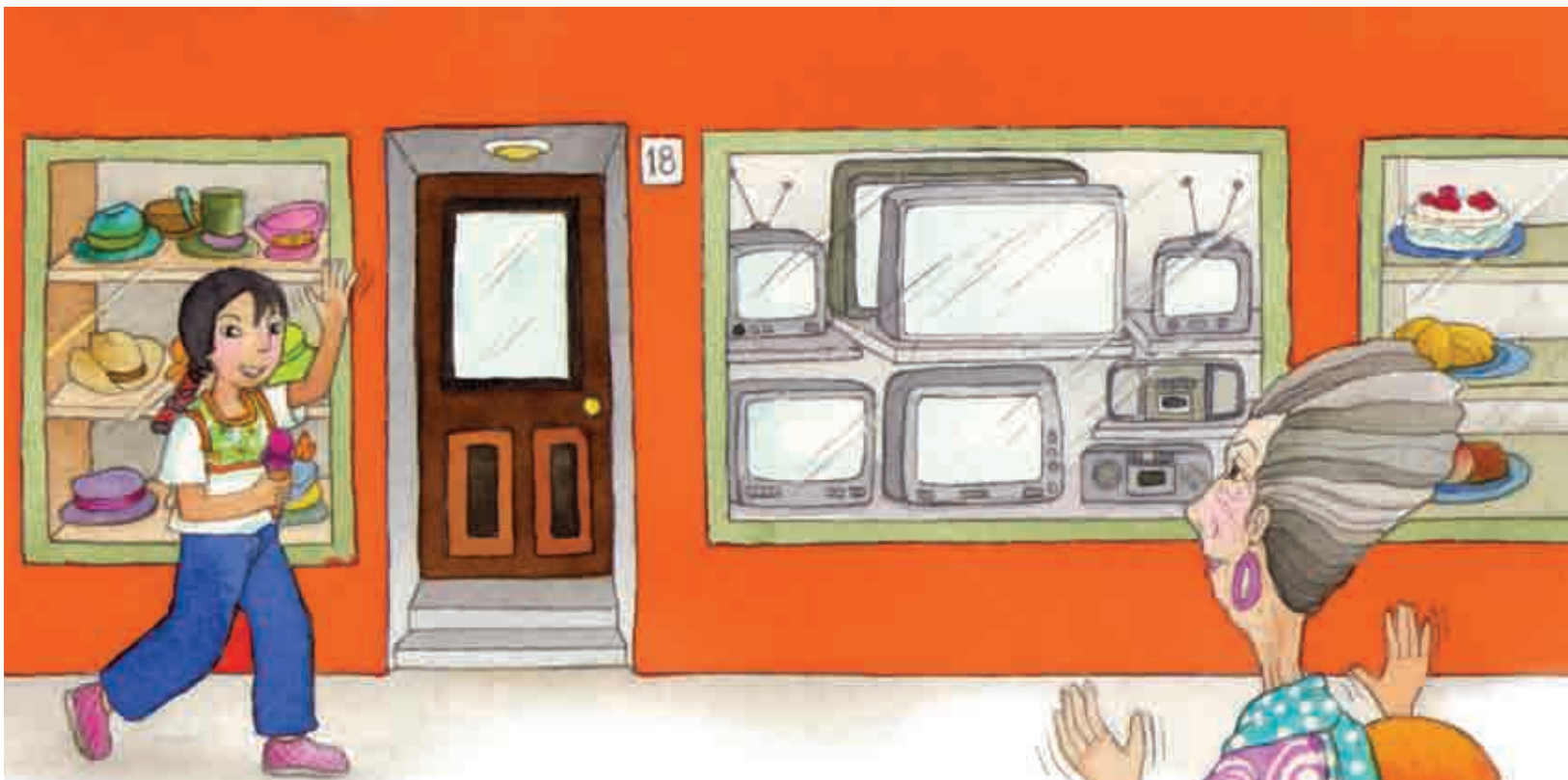
Mi mamá de plano se hizo la desentendida, porque le estaba dando risa.

–Eee... este, de eso no estábamos platicando –dijo nerviosa mi tía–. Yo estaba diciendo que me discriminan por ser mayor y eso no debe ser así. La edad no importa para que uno pueda hacer un buen trabajo que siempre ha sabido hacer.

Ya no quiso hablar de lo de Cristina, pero bien que se dio cuenta de que le eché una indirecta, porque desde ese día, cuando se encuentra a Cristina, no se cruza la calle para saludarla, pero medio se inclina desde lejos y la mira con más amabilidad.

Luego, platicando con mi mamá, me di cuenta de que no sólo mi tía Balbina, sino todos discriminamos de alguna manera, y a veces ni nos fijamos.





Carteles en las puertas

¡Cleo iba a tener gatitos! Mi tía me lo dijo una tarde.

–¡Qué padre! –le contesté, muy emocionada–. ¿Y qué vas a hacer con ellos?

–Pues regalarlos, como siempre, ¿qué más iba yo a hacer, mujercita? No puedo quedarme con ellos.

Mi tía siempre regala los gatitos que nacen en su casa. Pone un letrero en la puerta y la gente toca y pasa a escoger el suyo. Eso sí: le tienen que firmar





una hoja donde se comprometen a cuidarlos bien, si no, no se los da.

Yo le pedí que me regalara un gatito, pero me dijo que sólo con permiso de mi mamá. ¡Ahí es donde siempre se amuela la cosa!

–Ni modo, pensé–. Me voy a tener que conformar con venir a verlos cuando nazcan y despedirme cuando se los vayan llevando, hasta que se quede Cleíto sola otra vez.

Hablando de carteles en las puertas, una tarde venía yo en la bici de regreso del deportivo, cuando me topé con uno. Me frené para leerlo bien. Conejo se regresó y se sentó junto a la bici.

–“SE HACEN TRABAJOS EN MÁQUINA DE COSER” –decía el cartelito. Entonces se me prendió el foco.

–¡Córrele Conejo!,
derechito a casa de mi tía.





En todo el camino, mientras pedaleaba y saltaba banquetas, no dejé de pensar en lo mismo: mi tía tenía que poner un letrero afuera de su casa. Si la gente encargaba hacer trabajos en máquina de coser, ¿a poco no se podría que hicieran encargos para computadora? Así mi tía tendría trabajo: podría hacerlo todo en la compu de mi casa. Podría funcionar muy bien.

–*Riing, riiiiing* –toqué el timbre como si hubiera una emergencia.
–¿Quién? –escuché la voz al otro lado de la puerta.
–¡Soy Nadia, tía! ¡Tengo una idea buenísima!

Me abrió sorprendida. Sin bajarme de la bici le dije lo que se me había ocurrido. Conejo nos miraba con atención. Cleo, desde los brazos de mi tía, también.

A ella no se le hizo que mi idea fuera tan buena. Ya no tenía muchas esperanzas.

–¿Tú crees que alguien va a ofrecerme trabajo, Nadia? ¡Si no me lo dieron cuando lo fui a buscar, menos me lo van a venir a dar a mi casa!

–Bueno tía, no perdemos nada con tratar.

No muy convencida vino a la casa para que hiciéramos su letrero en la compu. Le pusimos una letra grandota y elegante y un marco de flores, parecido al mantel que ella ponía los días de fiesta. El cartel decía:





Cuando lo imprimimos y vio lo bonito que había quedado se animó un poco.

–A lo mejor a alguien le llama la atención y se le ocurre llevarme algún trabajito. Aunque serán sólo un par de hojas. No creo que saque mucho dinero, la verdad.

–Bueno tía, tú ponlo en tu puerta y ya veremos.

Compu nueva

Al principio no le dieron mucho trabajo a mi tía. La primera vez, una muchacha le trajo una investigación que tenía que entregar en la prepa. No tenía computadora y necesitaba que alguien se la preparara. Creo que se sacó 10.





Otro día tocó un señor y le dejó unos sobres que necesitaba rotular para las invitaciones de los 15 años de su hija. Poco a poquito se corrió la voz y mi tía fue teniendo más gente cada vez.

Un buen día llegó un muchacho que tenía que entregar su tesis. ¡Eran hojas y hojas! No sólo le pidió que se la pasara en limpio, sino que revisara la ortografía y la redacción, aunque le cobrara más. ¡Mi tía estaba feliz! Le quedó tan bien su tesis al muchacho que, cuando la vieron varios de sus amigos le encargaron a mi tía las suyas también.

El licenciado Juvencio, abuelo de Lupita, la que va en mi escuela, le empezó a llevar algunas cosas. Luego, hizo la prueba de dictarle una carta por teléfono. Él no puede pagar una secretaria de tiempo completo, por eso le conviene mucho llevarle cosas a mi tía. Todas las semanas le encarga algo y los jueves siempre va un buen rato a dictarle cartas. Ella las escribe en taquigrafía y después se las entrega impresas en papel membretado. La semana pasada, el licenciado Juvencio nos contó que tuvo que entregar unos papeles en el Banco Internacional, y que al verlos tan bien hehecitos, un tal licenciado Gálvez le dijo:





–¡Oiga, pero qué buen trabajo, don Juvencio! ¡La presentación es impecable! ¡Excelente redacción y muy buena ortografía! ¡Ni un error! ¡Uy, en cambio, si viera lo que yo batallo con mi nueva secretaria!

–¿La señorita que me recibió? –preguntó él.

–Tiene muy buena presencia, pero la verdad no está muy bien preparada en ortografía ni en redacción. ¡Todo se lo tengo que corregir varias veces!

–Oiga, pues le recomiendo a quien me hace estos trabajos. La señora Astudillo trabaja por su cuenta y es muy formal. A lo mejor a usted le interesa.

¡Y le dio una tarjetita de las que se hizo mi tía, con su teléfono y todo! Mi tía se moría de la risa cuando supo la historia.





La semana pasada mi tía se compró su computadora. La está pagando poquito a poco. ¡Está padrísima! La verdad, se ve bonita mi tía trabajando en ella. ¡Hasta sonríe! Le tomé una foto y está casi tan bonita como la de su título de secretaria. Pero no la imprimí. Mejor se la puse como fondo de pantalla. Así, si alguien la señala con el dedo... ¡ya no le queda la marcota!

Cleo ya mero va a tener a sus gatitos. Mi tía Balbina le dijo a mi mamá:

–Celia, deberías dejar que Nadia se quedara con un gatito cuando nazcan. ¿Qué te cuesta?

Mi mamá frunció las cejas.

–¡Ni se te ocurra! –le dijo.

–Bueno, yo lo digo porque creo que se lo merece. Después de todo, ella fue la de la idea del cartelito. ¿No ves que si no fuera por ella yo no tendría trabajo? ¡No seas así! Piénsalo aunque sea.

–Mmm –contestó mi mamá–. Lo voy a pensar.

A ver cuando nazcan qué dice. A lo mejor me deja tener un gatito. Yo, por si las moscas, ya estoy pensando qué nombre ponerle. Si veo que tiene las orejitas muy cortas, a lo mejor le pongo *Ratón*.





Los adultos mayores en México y el mundo*

Economía

- En nuestro país sólo 20% de la población de 60 años o más vive de su pensión u obtiene ingresos como resultado de su trabajo; por lo tanto, 80% de las personas adultas mayores (PAM) son dependientes de sus familiares.
- Poco más de ocho millones de adultos mayores enfrentan condiciones desfavorables para su incorporación a la vida productiva y son numerosos los que son discriminados y maltratados por su condición.
- El Banco Mundial informó que 30% de los adultos mayores a escala mundial son analfabetos y 29% sigue trabajando, después de la edad de retiro, en el sector informal.
- Dos de cada tres hogares encabezados por un adulto mayor se encuentran en situación de pobreza.
- Entre los jubilados y pensionados, 28% busca trabajo apenas llega a su retiro, debido a que el pago que recibe es insuficiente para subsistir dignamente.

Población

- El Banco Mundial afirma que 60% de las PAM viven hoy en los países en desarrollo; en 2020 esa proporción subirá a 80%.
- En el año 2050, por cada 100 personas de entre 15 y 64 años existirán 25 mayores de 65 años; actualmente esa tasa se sitúa en 11.
- En México, las personas mayores de 60 años suman 8.2 millones de los 106.5 millones de mexicanos; en 2030 crecerán a 22.2 millones y hacia mediados de siglo llegarán a 36.2 millones.
- El número de PAM en los países en desarrollo se duplicará en el próximo cuarto de siglo, llegando a 850 millones en 2025.
- Mientras que en la actualidad una de cada 10 personas tiene más de 60 años, en el año 2050 la proporción será de una por cada cinco.
- Al promediar el siglo habrá en el mundo más personas mayores de 60 años que menores de 15.
- En cifras del Consejo Nacional de Población (Conapo), la edad media de la población en México se incrementará de 27 a 30 años en la primera década del presente siglo y de 38 a 45 años entre 2030 y 2050.
- Entre 1930 y 2000 la expectativa de vida de la población de 60 años se incrementó en 8.8 años para las mujeres y 7.6 años para los hombres (Conapo), con lo cual en la actualidad se espera que una mujer de 60 años alcance a vivir hasta los 82 años de edad y un hombre hasta los 80.

* Elaboración de Tomás Romero con base en distintas fuentes.





- Conforme a lo previsto por los demógrafos, el porcentaje de las personas de 60 años en adelante se duplicará en todo el mundo entre el 2000 y el 2050, pasando de 10% a 21%. Por el contrario, se proyecta que el porcentaje correspondiente a la población infantil se reduzca en un tercio, pasando de 30% a 20%.

Violencia

- Según la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol), 35% de las PAM experimentan maltrato y cada día mueren al menos tres por causas violentas.
- En Estados Unidos, Canadá y Reino Unido entre 3 y 6% de las personas mayores de 65 años son víctimas del maltrato físico, psíquico o abandono.
- Nueve de cada 10 personas adultas mayores se han sentido discriminadas por su edad.
- En 2004 el Instituto Nacional de Atención a Personas Adultas Mayores (INAPAM) atendió alrededor de 20,000 casos de marginación y violencia intrafamiliar hacia adultos mayores a escala nacional.
- Las delegaciones Iztacalco, Gustavo A. Madero e Iztapalapa del Distrito Federal fueron las demarcaciones en las que se denunciaron más abusos cometidos a personas mayores; la mayoría de los casos registrados tenía como víctima a una persona de entre 60 y 70 años de edad.

Educación y salud

- Reportes del INAPAM indican que en México existen 4'680,000 adultos mayores analfabetas.
- La situación de desigualdad de género es más evidente entre las mujeres mayores de 60 años, ya que apenas 3% del total tiene educación media superior, frente al 88.9% que cuenta con educación básica incompleta.
- Los adultos mayores en nuestro país tienen en promedio 4.7 años de educación formal.
- Según el INAPAM, alrededor de 5'850,000 adultos mayores, aproximadamente el 75% de ellos, carece de seguro médico o de un plan de pensión.
- Según datos del Conapo, 40% de las PAM presenta alguna discapacidad y no recibe en general atención adecuada para tal situación.
- Contradictoriamente, la información disponible destaca que una vez que han pasado la barrera de los 60 años, amplios sectores de población adulta mayor siguen cumpliendo importantes roles en la producción de bienes y servicios. Esta realidad, habitualmente depreciada o menoscabada en los análisis, indica que casi 50% de la población de entre 60 y 64 años sigue inserta en la actividad económica y aproximadamente 16% de las personas de 75 y más años continúan realizando tareas económicas, sólo que en el ámbito informal.





Nos interesa tu opinión

Si tienes algún comentario sobre este
cuento, o deseas preguntarnos algo
sobre las tareas que realizamos en
el CONAPRED, envíanos una carta a:
Dante 14, piso 8, col. Anzures, del.
Miguel Hidalgo, CP 11590, o bien
escribenos al correo electrónico:
vinculacionyd@conapred.org.mx

